

Si el ritmo actual se mantiene, antes de dos años todas las naciones europeas estarán en la misma situación que Alemania del Este, Finlandia, Luxemburgo, Inglaterra..., donde el número de defunciones supera al de nacimientos.

EL MUNDO BLANCO SE ACABA

PIERRE CHAUNU

Ofrecemos a continuación un adelanto del libro "El rechazo de la vida", de Pierre Chaunu, que publicará la editorial Espasa Calpe para el próximo otoño.

El mundo blanco de origen europeo se muere. A menos que se tome conciencia del mal a tiempo. Tenemos ante nosotros diez años para evitar el desastre. Y lo que el multiplicador de los medios de comunicación acaba de deshacer, el multiplicador de los medios de comunicación, que habremos convencido mañana, puede aún rehacer. Pero una carrera contra reloj está en marcha. Como los pájaros de mal agüero no han cesado de gritarlo a los cuatro vientos. Con la única diferencia de que la desgracia que nos viene encima es diametralmente inversa a la que habían previsto.

Comencemos por Europa. En 1955, Rusia; en 1957, el Este; en 1962, Inglaterra; en 1964, Francia... En todas partes la fecundidad, que había vuelto a encontrar un nivel favorable, comienza a ceder. En 1967, no queda ninguna duda, el reflujo está ahí. No hay ninguna excepción en los países de Europa, ya sean del Este como del Oeste. Eso, hace diez años. En 1968 revienta todo. La caída anual en Alemania es de 10 por 100. En 1973, Francia se mantiene justo por encima de la unidad. En 1974, el tornado se abate sobre el último sector relativamente protegido: el proceso alemán alcanza Francia. En Francia, con 55.000 nacimientos menos, el hundimiento de 1974 a 1973 es comparable al de 1940 a 1939 y al de 1915 respecto a 1914, cuando más de dos millones de hombres jóvenes fueron arrancados bruscamente de sus hogares. Pues bien, veamos Francia, Alemania, Inglaterra... toda Euro-occidental. Las cifras de marzo de 1975 son peores que las de febrero, las de febrero han sido peores que las de enero, y las de enero indicaban una neta disminución respecto a las de diciembre.

El hundimiento de la natalidad se había parado un poco durante el último trimestre de 1974. Alemania parecía haberse estabilizado a mediados de 1974, y algunos pensaban que por fin se había

tocado fondo. Hoy, ya no hay duda, el proceso continúa y la caída se acelera. Y 1975 será mucho peor que 1974, que fue, sin embargo, el año negro de Europa.

Y no sólo de Europa. Si subrayamos en el mapa todos los países que ya no aseguran el reemplazo de la generación, veremos aparecer un conjunto enorme: Europa, Estados Unidos, Canadá, URSS (menos el Turkestán), Austria, Nueva Zelanda. El mundo blanco de origen europeo, el mundo blanco de tradición judeo-cristiana. El mundo blanco, no el mundo industrial, ya que el Japón parece, por el momento, mantenerse muy cerca del punto de equilibrio. Después de una situación mala de 1957 a 1968, el Japón parece haber encontrado provisionalmente su punto de equilibrio. ¿Anticipación o retraso? Quizá ocurra que el Japón esté conociendo ahora una reanudación comparable a la feliz sorpresa europea y americana del renacimiento de los años 1945-1950. Dejemos, pues, el Japón. El fenómeno es más cultural que económico. Se trata, por tanto, del mundo blanco de origen europeo.

Pues bien, desde ahora, el fenómeno franquea alegremente límites que nadie hubiera osado considerar hace sólo cinco años. Las dos Alemanias, las primeras, han tenido más defunciones que nacimientos. La República Federal, desde 1972, posee un balance negativo de cunas. En 1974, la cifra de defunciones ha sido superior en más de 160.000 a la de nacimientos: sin la ayuda de una importante colonia extranjera, el déficit hubiera sido de 250.000. Y sin una pirámide de las edades accidentalmente favorable, ya que con los anticonceptivos orales sólo las mujeres entre veinte y treinta años, las nacidas entre 1945 y 1955 son excepcionalmente numerosas, están en medida de procrear, el balance sería negativo con más de 400.000 defunciones. O lo que es lo mismo, Alemania

EL MUNDO BLANCO SE ACABA

debería tener casi el doble de gente a la salida que a la entrada. Alemania del Este, Finlandia, Luxemburgo..., Inglaterra, desde 1974, han franqueado la barrera del excedente de defunciones sobre los nacimientos. Si el ritmo actual se mantuviera, antes de dos años todas las naciones europeas se encontrarían en la misma situación y los Estados Unidos habrían alcanzado hacia 1977 el pelotón de los fabricantes de ataúdes.

Estas cifras, trágicas si las hay —y esto es lo que hace tan difícil la necesaria toma de conciencia—, ocultan, sin embargo, la parte mayor de la derrota. A esta escala, no tiene verdaderamente precedentes de la historia, pues la desaparición de los indios de América, que concernía entonces a la quinta parte de la humanidad, representaba sólo ochenta millones de hombres. Hoy, en 1973-1974, se trata de la cuarta parte de la humanidad, es decir, mil millones de seres humanos. Estas cifras, las únicas a las que el gran público mal informado de las leyes bien elementales, sin embargo, de la demografía sea sensible, ocultan en parte la magnitud de la derrota. Pues la Europa rejuvenecida de la posguerra posee por poco tiempo una pirámide de edades favorables. El coeficiente neto de reproducción permite anticipar una realidad futura. Da la relación entre la población femenina en edad de procrear y la población femenina que ocupará ulteriormente su lugar. El coeficiente uno es el del famoso crecimiento cero que se nos presentaba, bien imprudentemente, como un ideal. Y cuando, apoyándome en la lección del pasado, anunciaba las razones prácticas y teóricas del imposible crecimiento cero, no encontré, aún ayer, más que escepticismo. Las condiciones de un verdadero crecimiento cero no se han realizado aún y no tenemos más alternativa que entre el crecimiento (un crecimiento demográfico óptimo es un crecimiento pequeño, incluso muy pequeño, alrededor de 1,1 y para los países poco poblados, como Francia, 1,2/1,25) o la espiral de la disminución con todos sus riesgos. La lección del crecimiento cero presentada con la orquestación del desmultiplicador de los media ha sido oída, demasiado bien oída, y estamos muy lejos de que nos salga la cuenta. Ningún país industrial, repito, no asegura ya el estricto mínimo para poder reemplazar la generación. Los Estados Unidos, en 1974, no han llegado más que a 0,85. Canadá, a 0,75; Suiza, a 0,75; Austria, a 0,80; Francia, a 0,9; Alemania del Este, a 0,7; Alemania Occidental parece estar, desde finales de 1974, muy por debajo de esta base. Vemos perfilarse el increíble 0,6, quizá menos todavía. Esto, **grosso modo**, antes de la crisis económica, ya que hacen falta nueve meses para hacer un niño. La crisis demográfica no tiene una causa económica, sino que es la crisis económica la que tiene causas demográficas. Esto, sin embargo, antes de los nuevos ánimos dados para la liquidación física de estos inoportunos, los niños que van a nacer. Pues bien, ahora llegan a la pista el marasmo económico y las leyes permisivas. Lo sabemos desde la primavera: 1975 será incomparablemente más trágico que 1974, y el comienzo de 1976 se anuncia mucho peor para la demografía francesa que 1975. Alemania ha pasado de 0,7 a 0,65, y Austria y Suiza se aproximan, a su vez, al límite de 0,7, que hace temblar al historiador.

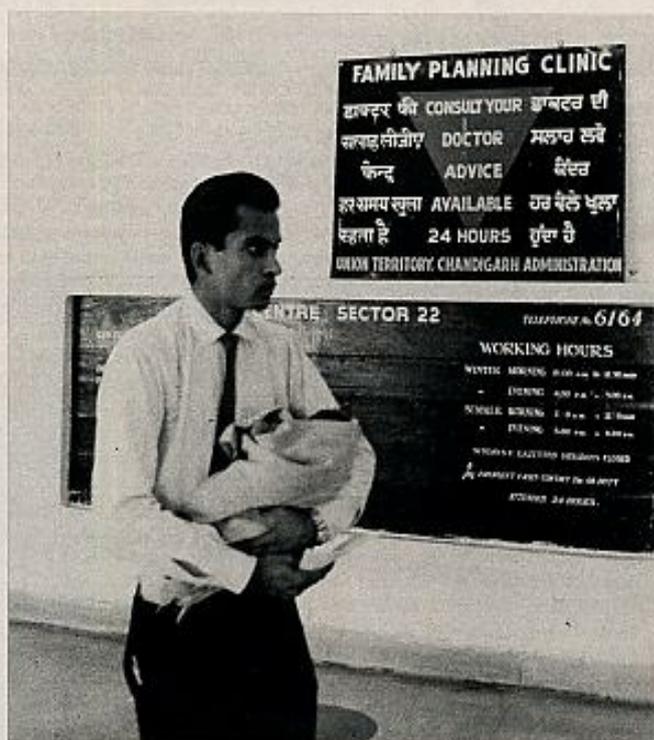
El mundo industrial de origen europeo —mil millones de hombres, 40 por 100 de las tierras emergidas, la cuarta parte de la humanidad, 80-85 por 100 de los recursos y cerca del 99 por 100 del poder— está caminando hacia el punto en que la transmisión de la herencia cultural, que supone un número por lo menos igual de cerebros, ya no es posible. El crecimiento demográfico cero, es decir, la retransmisión-reprogramación con un número igual plantea a la larga un desafío casi insuperable al progreso. Para que pueda haber progreso en estas condiciones, haría falta poner en marcha una "frontera" tecnológica en las ciencias de la educación y en las ciencias biológicas, que es razonable esperar para dentro de un siglo, pero no antes. Esta es la razón por la cual era necesario diferir la presentación de este crecimiento cero como algo óptimo antes de la realización objetiva de estas condiciones. Pero si el cero impide el progreso, con cuánta mayor razón el crecimiento negativo. La generación ascendente insuficiente es literalmente aplastada por el peso esclerótico de la vieja generación. Pues bien, una cultura no se recorta; si se recorta, muere. No se tallan impunemente pequeños cubos en la corteza de un cerebro; si se tallan en la corteza de ese gran cerebro colectivo de la humanidad instruida, se mata la cultura. El coeficiente neto de 0,7 significa hoy, como ayer, el fin en breve plazo de un mundo.

De 1945 a 1960, sorpresa: en casi todas partes, salvo en Europa, e incluso en Europa, hemos visto que el crecimiento demográfico superó las previsiones. De ahí la expresión que toma el relevo en el orden de las palabras a escala planetaria del **baby boom** americano: la explosión demográfica. Esta culmina objetivamente, no es necesario recordarlo, de 1955 a 1960. Hoy sabemos cómo y por qué los expertos no han previsto nada, no por respeto de la historia, sino por ignorancia de la historia, la cual les hubiera permitido descubrir la innovación irreductible. Han subestimado tres clases de factores: la reducción de los costes y la rapidez de la difusión de los modificadores positivos de la vida: vacunación, insecticidas, sulfamidas, antibióticos, una muy ligera modificación de la actitud ante la vida y una prolongación suplementaria de la vida en los países ricos, una disminución de la eficacia, aquí o allá, bajo la presión hedonista, de las viejas contracepciones tradicionales de naturaleza ascética.

A partir de 1960, los expertos han comprendido a los expertos ignorantes de las lecciones de la historia y sensibles a la presión neomaltusiana de los medios de la costa este americana, que juran, aunque un poco tarde, que no les cogerán más. Y programan en sus proyecciones los nuevos factores de alza; el comentario alza la voz, se agría el tono, se hace gruñón, moralizador; las proyecciones demográficas se transforman en un género literario nuevo, el apocalipsis en forma de ciencia-ficción y, naturalmente, como si el mundo se hubiera inmovilizado definitivamente, expertos y comentaristas no ven, no quieren ver que todo se ha modificado de nuevo.

El miedo de la explosión demográfica del Tercer Mundo ha provocado oleadas de comportamiento pánico. Ha culpabilizado la vida en Europa y América, en todos los lugares en donde no es muy numerosa y los grandes medios de comunicación han ocultado todos los demás fenómenos: la gran implosión de todos los países industriales de población blanca, reconciliando por una vez tanto a los del este y los del oeste. Este miedo oculta hoy la inversión de las tendencias de la fecundidad en el Tercer Mundo. Desde 1960, aquí; desde 1970, allá, el crecimiento demográfico del Tercer Mundo no prosigue ya más que por inercia, a causa de la acumulación de una población numerosa en el ámbito de los reproductores.

Así, la multiplicación y la uniformización de los medios de difusión y de comunicación que de 1945 a 1960 han actuado en



El hundimiento de la natalidad se había detenido algo a finales de 1974, pero ya no hay duda de que el proceso continúa y la caída se acelera.



Cuando se franquee el primer umbral (¿hacia 1980?), todo irá en la India como en los demás lugares: de prisa, muy de prisa, quizá incluso demasiado de prisa.

favor de la vida, actúan desde 1965 masivamente en sentido contrario. Por el momento, la modificación no es aún netamente perceptible en las estadísticas planetarias acumulativas, pero estará a la vista de todos dentro de diez años, en 1985, cuando se instale la mesa crítica de transformación de todos los factores de desaceleración.

En China, lo he mostrado en otra parte; 22 por 100, por tanto, de la humanidad, la natalidad ha bajado de 35-40 por 1.000 a 20 por 1.000 en veinte años, tanto como en Europa en dos siglos, de 1725 a 1925. La caída es tan rápida que ha inquietado a las autoridades. Esta inquietud es, en parte, responsable de la enérgica entrada de China en agosto de 1974, en Bucarest, en el campo de los antimaltusianos. Naturalmente, esta realidad china que se burla de los expertos partidarios del *Population Council* y ridiculiza las proyecciones difundidas por la ONU, continúa siendo ignorada por una parte del *staff* neoyorquino. Naturalmente, esta evaluación de la situación china (en el plano demográfico es el hecho más importante de los años 1955-1975, después del hundimiento de la humanidad blanca) se basa en la documentación oficial china.

El Gobierno chino nos presenta una China próxima del coeficiente neto de reproducción como consecuencia de haberse alineado en veinte años al modelo industrial, pero el sistema hipercrítico nos lleva a una China que continúa siendo tradicional (salvo algunas ciudades) con una natalidad y una mortalidad de antiguo régimen. Es decir, una China anterior a la explosión demográfica, casi a la horizontal, con una muerte abundante que se ceba en una natalidad que continúa siendo floreciente. Esta visión hipercrítica, coherente en sí, me parece poco verosímil. El Impetu modernizador de China hace inclinar la balanza hacia un tipo de evolución parecido al modelo japonés.

Existe también una tercera posición: la del absurdo al estado puro. Consiste ésta en aceptar los datos chinos sobre la mortalidad y rechazar los de la natalidad, en imaginar a China con una natalidad medieval y una mortalidad posindustrial. Esta hipótesis imbécil es la que nos permite contar un excedente de 100 a 150 millones de chinos. Así es como estaremos muertos todos hacia 2024, o bajo el peso de unos cuantos miles de millones de insectos de más, o, más verosíblemente, bajo el efecto retroactivo de este apocalipsis del miedo estúpido del hombre, si no tomamos las debidas precauciones ahora.

En el Asia periférica, en la América del Caribe, en todas partes en que la población es muy densa, la desaceleración se efectúa ahora, todos los datos estadísticos concuerdan, al ritmo que rompió el crecimiento y socavó la base de la población del Japón de 1950 a 1960. Sólo la América Latina tropical continental y el África negra (450 millones, 12 por ciento de la humanidad), estos dos continentes destrozados por los microbios y los virus en los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, estos continentes medio despoblados se encuentran apenas afectados por la desaceleración.

Queda lo que Alfred Sauvy llama el triángulo negro (700 millones, 18 por 100 de la humanidad), formado por la India, el Bangla Desh y el Pakistán. En este punto solamente existe disparidad de criterios entre los expertos. Hacia tres años (1971-1973), el pro-

ceso de desaceleración había comenzado. Sin embargo, la prisa anglosajona de imponer coercitivamente (con algunas torpezas sorprendentes y criminales, vasotomías que producen el tétanos...) una restricción brutal de nacimientos que repugna aún al campesinado musulmán e hindú, ha retardado quizá un proceso que, de todos modos, me parece irreversiblemente entablado. Cuando se franquee el primer umbral (¿hacia 1980?), todo irá en la India como en los demás lugares: de prisa, muy de prisa, quizá incluso demasiado de prisa.

Se puede, en efecto, dar como regla sacada de la Historia de toda política demográfica que es peligroso, por lo tanto, a excluir totalmente, en el plano de la programación de medidas que una población, incluso si es muy joven (y a fortiori si se trata de poblaciones viejas como las nuestras), que socava la base de la pirámide de las edades. No se suprime una molestia, sino que se crea una desgracia. Es decisivo que en un país haya cada año por lo menos tantos nacimientos como el año precedente. Por consiguiente, una política juiciosa de disminución demográfica, necesaria en buen número de países del Tercer Mundo, debe tener por regla de oro la de mantener cada año el nivel de nacimientos al nivel del año precedente. Esta condición permite fijar la pendiente óptima de la caída de la natalidad hasta un estado, si no estacionario, al menos de débil crecimiento que constituye, como sabemos, la magnitud de toda política demográfica en este último cuarto de siglo de nuestro milenio.

Pues bien, ¿en qué situación nos hallamos respecto de esta regla?

En la mitad del Tercer Mundo actualmente, cada año es mayor el número de nacimientos, incluso bastante mayor, que el año precedente. Pero ya la cuarta parte del mundo no europeo (China y periferia asiática y del Caribe, 27 por 100 del número de hombres) frena más rápidamente de lo que sería prudente frenar y comienza a socavar la base de la pirámide de las edades, preparando así condiciones suplementarias e inútiles de caos para dentro de una veintena de años.

Después de un período en que la diferencia entre el mundo de origen europeo y el mundo no europeo irá aumentando, puede preverse un período, menos lejano de lo que se imagina, en que el mundo no europeo tendrá que hacer frente a su vez a los peligros de la explosión. ■